

EL ENTREACTO.

PERIODICO DE TEATROS,

LITERATURA Y ARTES.

Salen jueves y domingos. Los suscritores reciben gratis todos los meses, un drama nuevo y una hermosa estampa; y tienen entrada en un gabinete particular de lectura, establecido en el despacho del periódico, calle de Preciados, número 19.
Se suscribe á 8 rs. mensuales, 20 por trimestre y 23 para las provincias franco de porte.
Puntos de suscripción. En el despacho del periódico, librería de su editor D. IGNACIO BOIX, calle de Carretas, número 8.

¿ES LA LITERATURA LA EXPRESION Ó RETRATO DE
LA EPOCA EN QUE SE ESCRIBE?

¿DEBE SERLO?.....

Artículo primero.

He aquí dos preguntas que en concepto de algunos parecerán inútiles, y en el de otros merecerán al que las hace el epíteto de ignorante, de poco filósofo, ó cuando menos el de preguntador importuno. La literatura, dirán, no es ni puede ser otra cosa que la expresión del progreso social: ninguno ha dudado jamás de una verdad semejante, verdad que por demasiado evidente sería inútil probar. Yo añadiría que es también una opinión tan válida que apenas se halla autor moderno que no la dé por sentada. La nueva escuela en particular, cuando manifiesta la necesidad de una literatura enteramente diversa de las anteriores, busca su principal argumento en la índole de la época actual, enteramente distinta de las que la han precedido. Y en corroboración de su aserto cita la historia de todos los pueblos y naciones como la prueba más terminante en el asunto, deduciendo de aquí que la literatura ha sido siempre el retrato de su época, que lo mismo debe suceder ahora, y lo mismo tiene que verificarse en lo sucesivo.

No será tan osado que me atreva á negar de un modo absoluto lo que tantos y tan grandes pensadores afirman, pero permítaseme dudar de la certeza del hecho en la ilimitada generalidad que se le atribuye. Yo creo que la literatura participa siempre poco ó mucho del carácter de la época en que se escribe, pero niego que para merecer el nombre de tal se haya de ver precisada á ser constantemente el retrato, la copia, el *fac simile*, digámoslo así, del siglo á que pertenece. ¿Quién puede obligar á un historiador, á un filósofo, á un orador, á un poeta, á un sabio finalmente, á pensar en todo y por todo del mismo modo que sus contemporáneos? En el momento pues, en que dejan de pensar como estos, dejan también de ser la expresión del siglo en que viven. ¿Serán por esto menos sabios, menos filósofos, menos literatos? Yo creo que no, siempre que sus pensamientos vayan acordes con la razón, con el orden, y con la virtud. Feijóo no pensaba con su siglo, y en esto consiste su mérito. Las Casas era en lo perteneciente á la moral y á la justicia una bella excepción de sus contemporáneos, y esto constituye su gloria. Ignoro si en la época presente debe ser muy lisonjero pensar con la generalidad de los hombres: á la posteridad toca decidirlo.

No digo por eso que la literatura haya de estar en pugna con su época, ni caeré en la ridiculez de creer que el ser pensador consista en pensar siempre de un modo diferente de los demás. Esto sería proclamar una verdadera locura, y gracias á Dios, no creo haber perdido el juicio. Digo solamente que la literatura ni siempre ha sido la expresión de su época, ni siempre tiene la precisión de serlo. No permitiendo los estrechos límites de un periódico dilucidar esta materia en toda su extensión, me limitaré á hablar de la bella literatura solamente; y si en esta consigo probar que no siempre ha sido el índice, ó termómetro exacto de su siglo, me daré por satis-

fecho. Las pruebas de los que así lo dicen pertenecen unas á la historia y otras al sentimiento. No las repetiré aquí, porque son sabidas de todos; pero toda vez que se recurre á la filosofía y á los hechos para probar lo que yo me atrevo á poner en duda, preciso me será recurrir á la misma clase de pruebas para manifestar á lo menos que los fundamentos que tengo para dudar son análogos á los que otros tienen para decidirse por una afirmativa absoluta.

Pregunto pues: ¿ha sido siempre la bella literatura el retrato exacto y puntual de su época? Al que me cite algunos hechos aislados en corroboración de la afirmativa, contestaré yo con otros hechos que probarán todo lo contrario. Si el *Arte de Amar* de Ovidio puede considerarse, por ejemplo, como expresión de la época de Augusto, las odas filosóficas de Horacio escritas en la misma época están muy lejos de reflejarla; antes distan tanto de ella como de la índole de la obra que reconoce por autor al poeta destruido. Este es el eco de la disolución, del desenfreno, de la corrupción de costumbres que tuvieron lugar en la decadencia de la república; aquel el intérprete de la moderación, del sufrimiento, de la constancia y de las demás virtudes que caracterizaron los mejores días de Roma. Virgilio en su *Eneida*, según la expresión de un joven de nuestros días, casi pertenece al cristianismo. Si las geórgicas pueden considerarse como la obra más análoga á la cultura de su siglo, las bucólicas no creo que sean el retrato de los pastores de su tiempo. ¿A qué citar más autores latinos? Los tres expresados son los más grandes adelantes de la poesía romana: sus obras son tan diferentes en índole y en ideas, que á no saber que habían pertenecido á un mismo siglo, y á no revelarlo por otra parte el estilo y sabor literario de sus obras, aunque no es idéntico en los tres, dudáramos acaso de la verdad del hecho. Pues he aquí, se dirá, una prueba palpable del axioma que yo pongo en duda: ese sabor, ese gusto, esas dotes de verificación y de estilo comunes á los tres, revelan á las claras el siglo de Augusto. Yo responderé que lo revelan en lo puramente literario, no empero en lo perteneciente á la moral y otras cosas en que los tres manifiestan diversa tendencia: por consiguiente no pueden ser los representantes de su siglo de ese modo absoluto y sin limitación que indica el axioma. También pudiera decir que las dotes exteriores no bastan á ser el retrato ó *fac simile* de la época, sino las ideas, los pensamientos, la filosofía de los escritores; en una palabra, el fondo de las cosas. Por otra parte, si una cualidad común á varios escritores basta á probar que todos son la expresión de un mismo siglo, no sería difícil manifestar que autores nacidos en el intervalo de siglos enteros habían sido contemporáneos, porque apenas se hallará escritor que no convenga con otro en una dote, virtud, ó vicio cualquiera. Pero sigamos adelante, y contraigámonos á nuestra literatura. Alfonso el sabio es entre nosotros un gigante que se adelanta dos siglos á su época. Garcilaso se la deja también atrás: sus pastores tampoco son el retrato de los de su tiempo. Cervantes en su *don Quijote* es más bien que de la suya, el emblema de la época actual. Camoens es un griego, un romano, no un portugués. Si Tirso de Molina nos presenta fielmente retratadas las mugeres de su tiempo, (lo que yo no creo), los demás escritores dramáticos contemporáneos suyos nos engañan presentándonos retratos diametralmente opuestos. ¿Pero á qué cansarnos en nombrar poetas y más poetas? La literatura clásica cristiana es la expresión del paganismo con sus Joves, Junos, Cupidos, &c. con muy

leves excepciones. La literatura del siglo XIX es la expresión del siglo XVIII en Francia con su guillotina, sus verdugos, su desenfreno, su ateísmo, sus delirios y su frenesí.

M. A. PRINCEPE.

Del periodista.

El periodista es una de las infinitas variedades del hombre, su raza siglos hace conocida en Inglaterra y de algunos años acá vulgar en Francia, es casi nueva para los españoles colocados en la extrema retaguardia de la civilización.

La sabiduría en su verdadero y genuino sentido no conviene al periodista, porque para saber medianamente la mas fácil de las ciencias se necesitan mas años de estudio que los descendientes de Adán tenemos de vida; y el que escribe en periódicos ha de escribir sobre todo cuanto existe y puede existir; y no así como quiera sino dando su parecer magistral y rotundamente. Así su estudio ha de ser el de los manuales, enciclopedias, y aun catálogos bibliográficos. Lo que importa es conocer la tecnología de la mayor parte de los ramos del saber humano, y los nombres de los autores mas célebres en cada uno de ellos.

Del periodista político diré nada, porque á los lectores del Entreacto no les conviene hallar en él la eterna cuestión, y menos al editor ir á pasar algunos dias en el saladero nacional, porque yo tenga el gusto de infringir la ley: hablaré pues del periodista literario.

Este en punto á literatura no ha menester consumir largas vigilias en la lectura de los clásicos, bástale leer cualquiera traduccion de la epístola á los Pisones para decidir que Horacio era un pedanton con sus puntas y colar de tiranuelo. De Aristóteles diga lo que quiera, pues como escribió en griego nadie sabe lo que dijo, mas que una docena de eruditos, que generalmente callan su pico: pero si alguno habla, con llamarle *viejo* se sale fuera del mal paso; porque hemos decidido que los viejos que han estudiado deben saber mucho menos que nosotros que jamas hemos abierto un libro. Siente el periodista que no hay reglas para el genio, y llama genios á todos sus amigos: de esa manera puede juzgarlos á placer, es decir prodigarles el incienso hasta marearlos á ellos y al público tambien por añadidura. La parte crítica es muy fácil: lo de casa sea excelente, lo de fuera detestable. Inverosimilitudes en la obra de un camarada llámense destellos del genio; y estúpidos á los que no se conformen con tal decision. Una desvengüenza es utilísima en esas ocasiones.

Para escribir artículos de costumbres, no es preciso haberlas estudiado en manera alguna, sino suponer que las que uno ha visto son las generales, y si ha visto pocas soñar las que le falten y si ni soñar quiere la imaginación, traducir á Joni, ó á Jai, ó á Paul de Kooock, ó á cualquier otro: lo que pasó en Paris decir que sucedió en Madrid, llamar á la Rue Saint Honoré calle de Atocha, y adelante. Luego se firma y pleito concluido.

Historietas se forjan en un abrir y cerrar de ojos: un padre brutal, un marido muy marido, una muchacha llorona, un amante hijo de la inclusa y algo quimerista, con su criada tercera, y un asesino de oficio, son personajes que pueden combinarse de mil maneras á cual mas

sorprendentes. Es de rigor que al padre le engañen, y al marido... pues; que los angelitos que les hacen la gracia los maldigan por añadidura; y que acabe el cuento con un par de muertes.

Como la historia natural acaba de tener ingreso en la literatura, bueno será tener á mano á Buffon y á Cuvier: se traduce la descripción del Gato Montés y es un artículo literario que no hay mas que pedir.

En fin, como se vé, no hay cosa mas fácil que ser periodista. ¡Así estan los periódicos!

EL ARCA DE NOE, MI MUGER, CICERON, SENECA, SOCRATES, DOMOSTENES, EL ESTATUARIO, Y YO.

Si vds. creen que son personajes para un drama los que preceden, se dejan seducir por las apariencias: no tengo tiempo ni humor para dramas, ni es cosa tampoco de divertir al público con animalias, cuando tantas puede ver *gratis et amore*. Esto lo digo por el arca de Noé.

No, señores, el catálogo epigrafe, catálogo de este artículo, es la expresión fiel de los personajes que nos hallamos reunidos en el momento en que estoy con la pluma en la mano para escribir el artículo que me corresponde, sin ganas ningunas de hacerlo, con el entendimiento mas romo que punta de colchon, y por añadidura un dolor de estómago que me devora.

¿Pero el arca de Noé?—Ni mas ni menos: solo que Noé tiene dos pulgadas de talla, lleva su leviton color de castaña, y descansa sobre un elefante mucho mas pequeño que su merced, el cual elefante con media trompa de menos reposa sobre un tomo de Calderon, entre la mona y el javalí, todos en buena compañía con mi cortaplumas, y algunos borradores de composiciones poéticas que no se terminarán nunca probablemente. La susodicha arca es propiedad de una hija que Dios me ha dado, y que ha declarado que mi mesa es el parage que mas le acomoda para desmenuzar y analizar sus vichos; de donde resulta que á penas puedo moverme para escribir.

Mi muger pretende que con dolor de estómago no se escribe, á pesar de que yo alego que si no se escribe no se llena el estómago; y á la puerta del cuarto se vé la figura empolvada de un ciudadano con quien tengo en ajuste la cabeza de un Ciceron sin cíbero, es decir, sin su garbanzo característico, iten mas las tres de Séneca, Sócrates, y Demóstenes. Y adviértase que las cuatro susodichas cabezas son de yeso; que yo ni soy antropófago ni presumo de frenólogo.

De lo avanzado de la hora, de mi mal humor y peor salud y de la estraña amalgama de bustos de hieso y figuritas de palo que me rodea, no puedo á la verdad esperar felices inspiraciones: si á esto se unen los ruegos á manera de ordenes de la costilla, y la prisa del ciudadano estatuario, se comprenderá que me hallo en una crisis articulística, ó lo que es lo mismo que mi artículo, si lo escribo, será mucho peor que otras veces, que tal suele ser el resultado de las crisis.

Sin embargo diré algo que puede producir utilidad: ¿por qué así como se encuentran los bustos de los oradores griego y latino, del divino Sócrates, y del filósofo Seneca, no habian de hallarse en España los de Cervantes, Calderon, Lope, Gonzalo de Córdova, Hernan Cortes, Jimenez de Cisneros, &c. &c.

Mas agradable fuera sin duda tener la efigie del inmortal autor del Quijote, que la de Ciceron, al menos por amor propio nacional. Parece á mi que lo mismo costaría el vaciado del busto del conquistador de Méjico que el del maestro de Neron; y que dinero por dinero, de mejor gana pagaria yo por ver al que quemó las naves, que al desagrado filósofo.

Sirva esto como de aviso y perdonen los lectores del Entreacto que no estoy para mas.

P. de la Escosura.

POESIA.

Letra para cantar.

Escrita para el album de una señorita.

*Aunque rica y grata
La exquisita miel,
Mas me gusta un beso
De mi dulce bien.*

Dulce es al avaro,
Tras infando lloro,
Encontrar el oro
Que creyó perder:
Dulce ser tan rico
Como el mismo Crespo;
Pero mas un beso
De mi dulce bien.

Dulce en el estío
Al que sed padece
Es raudal que ofrece
Mitigar su sed:
Pero mas que el agua
Del raudal travieso
Satisface el beso
De mi dulce bien.

Versos infinitos
Grato me sería
Publicar un día
Por tener laurel:
Pero yo pospongo
Un infolio impreso
Al sabroso beso
De mi dulce bien.

No es la dicha el lauro
Del cruel Mavorte,
Ni tener gran corte,
Ni llamarse rey.
Yo á lo menos, nada
Ambiciono de eso,
Sino el dulce beso
De mi dulce bien.

M. A. PRINCIPLE.

La música de intermedios.

Tentaciones me dan de comenzar este artículo por un cuento.....

Yo no sé si el lector lo llevará á mal tal vez: no sé tampoco si será el tal cuento traído por los cabellos, si su aplicación será obscura... Pero, en fin, sea lo que quiera, allá va el cuento.

Habia en Illescas una iglesia, que no sé si existe todavía, porque hace ya algun tiempo que pasé por aquel pueblo, famoso desde que ilustró su memoria la buena de doña Mónica y el perillan del baron de Montepino. Y como en esta época de metamorfosis singulares está uno acostumbrado á que en un volver de cabeza se halla

convertido en juego de bochas y trompo, y en puestos de sandias y melones lo que era un momento antes templo de la religion del crucificado, digo y repito que ignoro si todavia existirá de pie sobre sus cimientos la iglesia que yo ví en Illescas. Tenia la tal iglesia su órgano, de cuya existencia dudo por la misma razon, pues si de allí no le han quitado, ciertamente pueden lisongearse los paisanos de doña Mónica de que es su templo la única cosa que en España existe hoy (después de los teatros) organizada como en tiempos anteriores. Sucedió pues, que el organista de dicho órgano, de la antedicha iglesia, de la susodicha villa de Illescas, por consecuencia de ciertas alteraciones ocurridas en su organismo, vino á trasladar su residencia á un hoyo del cementerio, es decir, que se murió: y como en Illescas es cosa sabida que todo organista, desde el punto y hora en que se muere no vuelve jamás á tocar el órgano, se comenzaron á celebrar las misas cantadas y otros oficios solemnes sin acompañamiento de instrumental, y como si dijéramos, á palo seco; porque es de saber que en el lugar mencionado ni habia quien supliera la falta del difunto para aquello de teclear, ni tampoco se contaba con músicos de capilla que reemplazaran la armonía del órgano. Y no porque faltase en los ciudadanos de Illescas disposicion natural para el arte encantadora de Haydn y Mozart, nada de eso: antes bien habia hasta ocho ó nueve aficionados á la guitarra, que casi todas las noches y especialmente los sábados, sino edifican muros como Orfeo con su lira, atronaban por lo menos las esquinas con sus enamoradas serenatas, despertando á todo el vecindario, y concitando el general abullido de todos los perros, y el coro mas eufónico todavía de los rebuznos de los asnos. Entre estos músicos guitarristas, serenatistas, y rondadores sobresalia como un Sor, se distinguía como un Aguado, brillaba como un Huerta, y descollaba en fin *quantum lenta solent inter viburna cupressi*. Bartolillo, el hijo del sacristan, mozo de trece años cumplidos, listo y despierto como nacido en la ciudad de Toledo, que rasgueaba y punteaba la vihuela á las mil maravillas, cantaba como un ángel toda especie de boleras y manchegas (dando por sentado que se usen manchegas y boleras entre los ángeles) y aprendia con oír la una vez sola la mas enrevesada y difícil tonada que se le propusiera. De todo lo cual infiero yo, aunque no lo se á punto fijo, porque no tuve el honor de conocer personalmente al hijo del sacristan, que el susodicho Bartolillo, siendo cierto el sistema de los craneóscopos, debia de tener en la parte lateral y esterna de la frente por encima del ángulo esterno del ojo un bulto á manera de chichón, cuando menos, menos, del tamaño de un huevo de gallina: señal fija y evidente de que por la parte de adentro le bullia en aquel parage una porcion de los sesos destinada esclusivamente á hacer al muchacho persona apta para el ejercicio y cultivo de la música. El sacristan su padre no sabia una palabra de craneoscopia y frenología, ni habia leído los escritos de Gall, Spurzheim, Broussais y otros apóstoles de esa creencia; pero qué habia de leer? ademas de estar en Illescas el comercio de librería punto menos atrasado que en Madrid toda la literatura del buen saltatumbas estaba reducida á saber de memoria el Bertoldo, y el Sancho Ortiz de las Rocas, y ha ser suscriptor de Fr. Gerundio. Pues, como digo de mi cuento, el padre de Bartolillo nunca habia observado con tales miras ni antecedentes la frente de su hijo: harto tenia que hacer con examinar y tentarse la suya propia, segun era de alegre y revoltosa la señora sacristana; pero sin necesidad de tales observaciones veía y notaba sin poder dudar en ella la singular habilidad música del mancebo. Esto hizo nacer en el carinoso padre el pensamiento de que su hijo se calzara con la plaza vacante de organista, para lo cual tenia ya algunos principios, pues siempre ó casi siempre era Bartolillo el que henchia los fuelles en vida de su difunto antecesor; y después que lo hubo meditado con detencion y madurez, le formo su hatillo, y le envió á Madrid recomendado á un anciano ex-organista de cierto convento con una carta de pliego y medio, escrita en caracteres de media pulgada como los que hoy día han dado en usar los periódicos políticos. Decia la carta (ó si no lo decia, por lo menos querra decirlo) que deseoso de que Bartolo su hijo querido aprendiese á tocar el órgano-siquiera lo que bastaba para acompañar la misa *populo* y algunas otras frioleras, se le enviaba rogándole que acometiese y llevase á cabo su enseñanza, la

cual no podría pasar de cinco meses, porque sobre no poder su madre vivir si mas tiempo estaba separada del mozo, tampoco el bolsillo de su padre era á propósito para costear mas larga mansion atendida la carestía de la corte. — Aceptó el encargo y recibió al discípulo el exclaustrado organista, cuyos conocimientos no pasaban ni aun llegaban quizá á lo que el sacristan apetecía para su chico: y en consecuencia, á la mañanita siguiente ya le puso las manos, esto es, hizo que el mozo las pusiera en un monacordio viejo que tenia, enseñándole á escalear con ambas manos en la estension de una octava, y á formar las posturas de C-sol-fa-ut, G-sol-re-ut, y D-la-sol-re. Aprendía Bartolillo con su natural disposicion; pero la leccion era tan árida, el sonido del monacordio tan ronco, y tan incitativo el aspecto de las calles de Madrid, que en cuanto el maestro se descuidaba, cogia el discípulo el sombrero y se marchaba á pasear y curiosarlo todo. Mas como la afición á la música era en él orgánica é innata, acudia con preferencia á la parada de palacio; á las listas y revistas de los regimientos que tenían banda instrumental, y por último á todos aquellos conciertos á cielo descubierto que por ser gratis solemos llamar en Madrid *la ópera de los pobres*. Cuanto mas comparaba el inteligente oído de Bartolo la música moderna y profana con las lecciones de su maestro, mas horror cobraba á la enseñanza que en el monacordio recibia, resultando de aquí que sus progresos eran cortísimos, y apenas podia ir aprendiendo de memoria á acompañar alguna antifona y parte del credo con mil tropezones y trabajos. — Sucedió un dia que pasando por un almacén de música, oyó un piano, y como vió las puertas abiertas y que nadie le impedía la entrada, colóse adentro, y paso á paso llegó hasta echarse encima del que tocando el instrumento estaba. Era este nada menos que el célebre profesor DON PEDRO ALBENIZ que en aquel momento estaba probando unas variaciones que habia escrito sobre el tema del fandango: pero ¡qué fandango, señores! ay! qué fandango y qué variaciones! Bartolillo se quedó estasiado en escucharlas: estiraba el pescuezo, abria la boca, contenia el aliento, revolvia los ojos lanzándolos fuera de sus órbitas, para seguir con la vista la brillante y rápida ejecucion del profesor, meneaba el mismo los dedos y las manos sin sentirlo, el corazon le latia, el pecho le rebotaba de gozo y los pies se le bailaban.

Hubiera él dado un ojo y la mitad del otro por poderle tocar el fandango á su novia de Illescas con la décima parte de aquella gracia. De estos pensamientos pasó á hacer comparacion de lo que veia y oia con las lecciones de su casa, y ya iba á hacer juramento de quemar aquel dia el monacordio y á su maestro por añadidura, cuando le interrumpió el dueño del almacén preguntándole que buscaba, qué hacia allí parado, y por qué se echaba tan encima. Respondió el pobre Bartolomé todo confuso, pero con palabras tan ingenuas, que todos los circunstantes penetraron al momento su afición á la música y el entusiasmo que el fandango con variaciones le habia producido. Rióse Albeniz cuando con breves razones le informó el mozo de su aprendizaje con el exclaustrado, y despues que le hizo mil preguntas y repreguntas, le propuso si queria aprender á tocar en el órgano el fandango con variaciones. Contestar Bartolo que sí; ponerse el profesor al piano, y darle la primera leccion, todo fue en un punto: seguia el muchacho con increíble perfeccion los movimientos que el maestro le dictaba, y despues de haber dado por espacio de media hora una leccion muy aprovechada, quedó concertado que todos los dias volveria allí á aquella misma hora hasta aprender á ejecutar limpiamente un fandango y unas variaciones. Doce dias bastaron para conseguir el objeto, y en todos ellos ni el monacordio del exclaustrado sonó otra cosa que un puro y continuado fandango, ni Bartolo hacia mas que silvar y tararear las variaciones, ni el exclaustrado podia atinar de donde le habia venido á su discípulo aquella inspiracion de música profana y andaluza, y aquella repentina agilidad de dedos. — Tarde se le hacia al hijo del sacristan ir á probar en todos los registros del órgano de Illescas sus variaciones de fandango, y así, por dar pronto la vuelta, concluida su instruccion, se prestó con mas docilidad (y docilidad heroica) otras cinco semanas á la enseñanza de acompañamientos eclesiásticos: al cabo de ellas volvió á tomar el camino y regresó á su pueblo.

Quien podría pintar el júbilo con que los dos sacristanes macho y hembra recibieron á su hijo! el orgullo con que

le oyeron referir sus progresos? Era de allí á dos dias uno de los clásicos, y el cura, ya enterado de todo lo ocurrido, acedó á que Bartolomé comenzara á desempeñar su plaza de organista. Dió principio la misa mayor y Bartolo preludió en su órgano mezclando diestramente las posturas y escalas aprendidas en el monacordio con tal cual periodo suelto de las variaciones de don Pedro Albeniz. Siguiéron los primeros cantos con tal cual felicidad, y se pasó del credo sin novedad particular. Llegó por fin una de aquellas pausas, en que mientras el preste hace en voz baja las oraciones y ceremonias del sacrificio santo, puede el órgano tocar *ad libitum* para inspirar con su melodía devocion y recogimiento en el ánimo de los fieles. Este fué el momento escogido por Bartolillo para sacar á lucir su fandango, y lo hizo con tal eficacia, y con tan ruidosa combinacion de registros de trompetería, que todos los ojos de los circunstantes se volvieron hácia el organista, y todos los pensamientos hácia las ideas que un alegre fandango puede recordar. Malísimamente pareció al cura aquella profanacion; y así, cuando acabó la misa, ya que no pudo contrariar de frente la opinion pública, que esplicitamente se habia manifestado en favor de las variaciones por las cuales daban la enhorabuena á Bartolillo, por lo menos rogó al mero organista que escogiera mejor ocasion para *echar* (asi se dice en Illescas) aquella tonada. Dió el jóven músico palabra de hacerlo así, y al domingo siguiente á empezar el cánon el señor cura y atajarle Bartolillo el *te igitur* con sus variaciones, todo fue una misma cosa. Iguales reconvencciones aquel dia, igual satisfaccion y aplauso popular, iguales protestas del organista de guardar para mejor coyuntura su fandango. Tercera vez se puso á la prueba, y tercera vez lo echó á perder el pobre Bartolo; porque no bien habia tomado en la mano el sacerdote la sagrada hostia para la comunión, cuando rompió el órgano á tocar con estrépito la fatal composicion de Albeniz: y tanta fué y tanta la impaciencia que el cura recibió de esto, que en vez de pronunciar el *Dómine non sum dignus*, dijo dándose violentos golpes de pecho: *condenado está ese demonio de Bartolillo!*

Figúrese cualquiera cuanto seria el disgusto del párroco por aquella profanacion: fué tanto, que en el momento que hubo entrado en la sacristia, y antes de dar gracias, intimó al organista seriamente la orden mas positiva de que jamás volviera á fandanguear en el órgano si queria seguirle tocando, porque como su merced volviese á oír cosa que á tal jaleo sonase ó se pareciese en veinte leguas, en el acto seria privado de oficio sin permitírsele ni aun el triste consuelo de menear los fuelles como desde sus mas tiernos años lo habia hecho.

Este, lectores míos, es el cuento, que me ocurrió al empezar mi artículo; mas como la narracion ha sido larga, el esplicar de que manera viene aquel caso á mi propósito, es fuerza que se dilate hasta otro dia.

EL ESTUDIANTE.

ANUNCIOS.

PUBLICACIONES NUEVAS.

Historia de la junta carlista de Castilla, antes de estallar la guerra civil y despues de los primeros sucesos, escrita por un gefe de la faccion, cuyo manuscrito quedó en poder de nuestras tropas en una de las derrotas que sufrió el ejército de don Carlos cuando la invasion de Gomez. Un tomo en 16 marquilla, 6 rs. rústica.

La filosofía y la moral del pueblo, ó arte de ser el hombre libre y feliz y de conocer los hipócritas de todos colores. Ultra dedicada esclusivamente al pueblo. Dos tomos en 8.º—46 rs. rústica.

Historia y viajes de los Borbones, la vida privada del pretendiente don Carlos; y hasta los nombres y circunstancias de los gefes de sus tropas. Un tomo en 8.º marquilla.—24 rs. rústica.

Curso de legislación gubernativa, y estudio científico acerca de los gobiernos de Francia desde 1789 hasta la época presente. Un tomo en 8.º—6 rs. rústica.

El Escribano perfecto, ó medios para elevar esta noble profesion al grado social que la corresponden, comprende todos los deberes, atribuciones y facultades de los notarios y escribanos segun las leyes de España; con un breve resumen de los contratos y todo género de juicios, por don Santiago de Alvarado y de la Peña. Un tomo en 8.º marquilla.—24 rs. en rústica.

Las espresadas obras se hallan de venta en la libreria de Boix, calle de Carretas, núm. 8.

EDITOR, DON IGNACIO BOIX.

IMPRENTA DEL ENTREACTO.